

- ISIDRO Hija mía, ¿oyes? Todos caen, y en algunos la caída es castigo del Cielo.
- ISIDORA (Como despertando. Transición del aturdimiento á un vivo terror.) ¡Ah...! ¡Caemos todos... nosotros... él!
- ISIDRO Niña querida, recobra tu sér.
- TRIN. Vuelve en tí.
- ISIDORA ¡Oh, no puedo, no puedo!... Le quiero... Y ahora más, más... (Llorando.) Padre, madre, hermanitos míos, arrojadme de vuestro lado... Ya no soy vuestra Isidora,... soy la otra, la otra... la suya.
- ISIDRO Pero, hija de mi alma, ¿dónde está tu santa energía?
- SANTOS ¿Tu bendita voluntad?
- ISIDORA (Con desvarío, mirando á todos.) ¿Mi voluntad...?
- TRIN. ¿Con él?
- ISIDRO ¿Con nosotros?
- ISIDORA (Que pretende dominar la turbación de su mente. Pansa. Ansiosa se interroga.) ¿Con él... con vosotros? (Entregándose á la desesperación por no poder conciliar sentimientos contradictorios.) ¡Ay de mí!... ¡no lo sé! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos primero y segundo. Entre el acto segundo y tercero transcurren algunas horas. Es de noche. Luz eléctrica en el escritorio y en el fondo.

ESCENA PRIMERA

BONIFACIO, TRINITA, SERAFINITO; el primero arregla las piezas de tela en las mesas grandes; los dos segundos colocan en sus cajas algunos pañuelos de Manila que estaban sobre la mesa, y se los van dando á Bonifacio; DOÑA TRINIDAD, que sale por la izquierda con mantilla; al fin de la escena, ISIDORA

- TRIN. ¿Qué enredáis ahí vosotros?
- TRINITA Mamá, ayudamos á Bonifacio.
- TRIN. No perdáis el tiempo en tonterías. Tomad ejemplo de vuestra hermana, siempre esclava de su obligación...
- SERAF. Pues esta tarde... (Bonifacio se retira al fondo.)
- TRINITA Dí, mamá: ¿qué le pasó á Isidora esta tarde?
- TRIN. (Sin saber qué decir.) Pues...
- SERAF. Que su admirable máquina volitiva se descompuso un momento, y...
- TRIN. Nada... un ligero accidente... algo á la cabeza... El excesivo trabajo, sin duda. Pero ya habéis visto. ¡La pobre, luchando fieramente consigo misma, y dominando su turbación, ha vuelto á ser la mujercita inteligente y hacendosa de siempre. Y al despejarse sus facultades, rehizo de prisa y corriendo las notas, con lo cual se pudo ultimar la operación con Requejo.
- TRINITA Pero después del arrechucho se ha quedado tan triste... ¿Qué le pasa?

- SERAF. Es que mi hermana padece esa perturbación encefálica y nerviosa que el vulgo llama amor, y los fisiólogos...
- TRIN. Calla tú, mocoso.
- TRINITA Mamá, Isidora no pudo trastornarse sin algún motivo...
- TRIN. Yo también sospecho... Díme, Serafín. (Con secreto) Tú, que estabas en la tienda esta tarde, ¿no viste si alguien entró...?
- SERAF. ¿Aquí?... No sé. Las vidrieras estaban cerradas... Pero parecióme oír voces... Bonifacio sabrá.
- TRIN. (Ese lo sabe, sí... pero no dirá nada; es muy zorro.) ¡Bonifacio!
- BONIF. Señora.
- TRIN. Sospecho que Isidora tuvo esta tarde alguna visita... desagradable.
- BONIF. ¿Desagradable? No recuerdo...
- TRIN. Mala memoria tienes. ¿No se apareció por aquí algún fantasma? ..
- BONIF. ¡Fantasmas en la trastienda! ¿Y cree usted que Isidora se asusta de fantasmas? ¡Quiá! Tiene tal valor y presencia de ánimo, que las apariciones no le causan miedo.
- TRIN. Cuéntame...
- BONIF. Aquí viene. (Sale Isidora por la izquierda.)
- ISIDORA Ea, la gente menuda no tiene nada que hacer aquí. (A Serafín.) Tú, á la tienda.
- TRINITA Ya he cocido las perdices, como me mandaste, con hierbas de estrago, achicorias, peregil, tomillo, acederas, hinojo...
- TRIN. Pues ahora las sacas de la cazuela...
- ISIDORA Las machacas, las picas muy menudito, muy menudito...
- TRINITA ¿Y qué más?
- ISIDORA Ya te lo diré después. Vete á la cocina.
- TRIN. Y yo á la noveña. (Aparece don Santos por la derecha.)
- ISIDORA Hasta luego, mamá. (Vaso doña Trinidad por el fondo y también Bonifacio y Serafín. Trinita por la izquierda.)

ESCENA II

ISIDORA; DON SANTOS

- ISIDORA (Con ansiedad.) Tío, ¿qué hay? ¿Le ha encontrado usted?
- SANTOS Sí.
- ISIDORA ¿Dónde?
- SANTOS Arriba, en casa de Morales. Ahí está desde que salió de aquí.
- ISIDORA ¿Y qué le pasa?
- SANTOS Nada; está muy triste, como si presintiera su desgracia...
- ISIDORA (Sorprendida.) ¿Pero no lo sabe?
- SANTOS Nadie se atreve á decirselo. Morales y su mujer temen, como yo, que cuando sepa la verdad de su ruina lastimosa, inevitable, seguirá el camino de su padre.
- ISIDORA (Dolorida.) ¡Ay, yo también lo temo; casi lo tengo por seguro! Conozco, como nadie, aquel carácter inflamable, aquel orgullo que rinde culto idólatrico á la dignidad, á una dignidad falsa y mentirosa... ¿Pero qué hace?
- SANTOS Nada; jugar con los chicos... Les está armando un teatro... ¡Créelo, me daba pena verle tan ignorante de su desdicha! Morales cree que sólo tú puedes evitar en él los terribles efectos de la desesperación...
- ISIDORA Sí, yo sólo puedo consolarle en este infortunio, fortalecer su espíritu... Voy allá.
- SANTOS (Deteniéndola.) Aguarda, hija. No es conveniente...
- ISIDORA ¿Por qué?
- SANTOS Sin contar con tus padres, no debes...
- ISIDORA Yo les diré á mis padres que esto es un deber...
- SANTOS Con todo, reflexiona...
- ISIDORA Iré á su casa.
- SANTOS Menos.
- ISIDORA Pues vuelva usted arriba... Prevéngale...

SANTOS Ya sabes á lo que voy. Francamente, hija, no está el hombre en situación de que yo le diga: «O te casas con mi sobrina, ó te pego un tiro.» Y él me contestaría: «¡Soberbio! Así me ahorra usted el trabajo de pegármelo yo.»

ISIDORA (Displícite.) Déjese usted de tiros, por Dios. Otra cosa: si al bajar entrara aquí un momento...

SANTOS No me parece bien.

ISIDORA Mamá en la novena...

SANTOS Tu padre vendrá de un momento á otro...

ISIDORA Si pasara por aquí, yo le daría la noticia y... (Gozosa, con una idea feliz.) ¡Ah!... ¡Ya... ya la tengo! Tío, tío de mi alma, ¡qué idea se me ha ocurrido!... ¡Oh, qué idea!...

SANTOS A ver, á ver...

ISIDORA Dice usted que no sabe su ruina...

SANTOS No la sabe.

ISIDORA ¿Está usted seguro?

SANTOS Segurísimo.

ISIDORA ¡Pues verá usted qué idea tan atrevida, tío, qué idea tan soberana! Le pongo dos letras diciéndole... (Va al escritorio y se pone á escribir.) que necesito dinero, qué... Él me hizo esta tarde ofrecimientos, como siempre... Le conozco: su generosidad es ilimitada, rasgo capital de su carácter, como el odio al matrimonio...

SANTOS ¿Y crees seguro?..

ISIDORA Como tenerlo en la mano. Ya está. (Cierra la carta. Ahora, tío, usted que es tan bueno, hará que llegue á sus manos... Pero en seguida, sin perder un minuto... antes que se nos escape.

SANTOS Venga... Se la daré al criado de Morales... (Coge la carta.)

ISIDORA Usted me ayuda ó no me ayuda... Soy tremenda, ¿verdad? fastidiosísima; pero este es un caso en que...

SANTOS (Viendo venir á don Isidro por el foro.) Tu padre... Me voy por aquí. (Vaso por la derecha.)

ESCENA III

ISIDORA; DON ISIDRO

ISIDRO Hijita mía... ¿Sigues bien? (Se sienta fatigado.)

ISIDORA Ya usted ve.

ISIDRO Y contenta, ¿verdad?... Me parece mentira que tan pronto recobraras tu energía, tu facultad sublime...

ISIDORA ¿Al fin, lo arreglaste todo?

ISIDRO Atropelladamente; pero se arregló... y la casa está salvada... por el momento.

ISIDORA Y por siempre, papá. Ten fe, valor, confianza en tí mismo, en mí, en Dios que no nos abandona.

ISIDRO (Besándole la mano.) ¡Qué hija, qué perla!

ISIDORA Pero no perdamos el tiempo. ¿Traes la proposición de Rodríguez?

ISIDRO (Sacando un papel del bolsillo.) Sí; aquí la tienes.

ISIDORA La examinaré...

ISIDRO Sospecho que en este negocio nos crearemos enemistades...

ESCENA IV

DICHOS; LUENGO, poco después DON NICOMEDES

LUENGO (Que entra presuroso, con mal coño, por el foro, y oye la última frase de don Isidro.) Diga usted que sí...

ISIDRO ¡Oh, Luengo, destemplado vienes!

LUENGO ¡Furioso!... (Isidora se va tranquilamente al escritorio y se pone á leer y escribir.)

ISIDRO ¿Qué mosca te ha picado?

LUENGO ¡Contento tienen ustedes á don Nicomedes Guizarro, en gracia de Dios!...

ISIDORA (Sin dejar de escribir, con tranquilidad.) ¿Nosotros?... ¿por qué?

LUENGO Por que don Nicomedes, hombre muy cabal, y con su aquél de negra honrilla, no soporta que Rodríguez, faltando á su palabra, traspase á us-

- ted su establecimiento, ni menos tolera que usted...
- ISIDRO Si es cosa de ésta, que gusta de acumular dificultades para vencerlas...
- LUENGO ¡Otra más cabezuda!
- ISIDRO Es que ella sabe, discurre, ambiciona... Nuestro vecino, admirador como todo el barrio, de las dotes de mi hija, quiere protegerla, dar elementos á su extraordinaria capacidad.
- LUENGO (Cargado de tantos elogios.) ¡Oh, sí, la octava maravilla, la undécima musa, y la prima hermana de los siete sabios de Grecia!
- NICOM. (Por el foro, con desenfado y grosería, sin ver á Isidora.) Ya tenemos todos el talento de la niña, las dotes de la niña, y las facultades de la niña, montados en la nariz. (Viendo á Isidora.) ¡Ah!... estaba aquí.
- ISIDORA (Con calma.) Sí, señor, aquí estoy, oyendo á usted con el gusto de siempre.
- NICOM. ¡Gracias!
- ISIDRO (Medroso, queriendo apaciguarlo.) Amigo don Micomedes, ya lo arreglaremos...
- NICOM. Amigo don Isidro, Rodríguez prometió cederme su establecimiento para mi chico, y los sobrinos de éste...
- LUENGO Y ahora se vuelve atrás.
- NICOM. Aquí no hay más arreglo que decirle ustedes: «no aceptamos.»
- ISIDRO Bueno... y veremos...
- ISIDORA No, papá, no hay veremos... ya lo hemos visto.
- NICOM. ¿De modo que...?
- ISIDORA Mucho siento que usted se sofoque, señor don Nicomedes, pero no desistimos.
- LUENGO Ángel de Dios, reflexiona...
- ISIDORA Lo siento; pero...
- NICOM. Le anuncio á usted, señor don Isidro, que tendremos un disgusto. (Aparece don Santos por la derecha.)
- LUENGO Como amigo... de corazón, te anuncio un desastre.

- ISIDORA (Levántase y sale del escritorio.) ¡Si á la Providencia le da por protegerme! Vean, vean cómo está mi tienda. ¡Si sólo con entrar yo aquí ha crecido la parroquia hasta un punto increíble! Y es por el ángel que tengo, porque vienen los compradores á mi casa como las moscas á la miel... Ea, señores, hemos concluido.

ESCENA V

DICHOS; DON SANTOS

- NICOM. (Á Luengo, aturdido y rabioso.) ¡Es un demonio!
- LUENGO Nos trae locos la dichosa niña.
- SANTOS (Avanzando junto á Isidora.) Sobrinita, ya tienes á la envidia junto á tí con las uñas muy afiladas. Era el único florón que faltaba á tu corona.
- ISIDORA ¡Valiente caso hago yo de los envidiosos!
- ISIDRO Señores, calma... No desconfío de encontrar una fórmula de concordia...
- NICOM. Déjenos usted de fórmulas. Se empeñan en ternos por enemigos, y enemigos seremos.
- LUENGO Yo bien quisiera...
- NICOM. (Desenmascarando su cólera.) Soy muy claro, y cuando me ofenden, ofendo á cara descubierta. Señor de Berdejo, no cuente usted ya con género de la China, por la casa de comisión inglesa... á menos que lo pague al contado.
- ISIDRO (¡Esta es otra!)
- LUENGO Crea usted, don Isidro de mi alma, que esto me aflige...
- SANTOS (Con arrogancia á don Nicomedes.) Pues yo le digo á usted que se meta en el bolsillo todo el género chino, porque mi sobrina es muy capaz de traerlo directamente, y de entenderse...
- NICOM. ¡Já, já!... ¿Con quién?
- SANTOS ¡Con el Emperador de la China, rayos!
- NICOM. ¡Patraña!

- ISIDRO (Caviloso.) No sé qué pensar... (Luengo y don Nicomedes se retiran un poco hacia el foro, como para deliberar.)
- ISIDRO (A Isidora y don Santos.) Mi parecer es que no debemos indisponernos...
- ISIDORA ¡Siempre la vacilación, siempre el miedo! ¡Ay, no sé á quién salgo yo! (Entregando á su padre el papel que antes le dió éste.) Aquí tienes la proposición de Rodríguez. Aceptamos las condiciones. Trato hecho.
- ISIDRO ¿Y yo...?
- ISIDORA Vas allá. Él te espera. Si está conforme con lo que indico en mi nota, cierras trato, y la camisería es nuestra.
- ISIDRO (Como resignándose.) Bueno.
- NICOM. En vista de esa obstinación temeraria y provocativa, señor de Berdejo... (Amenazador.) lo dicho dicho.
- ISIDRO (¡En la que nos hemos metido!)
- LUENGO Don Isidro, yo me lavo las manos...
- NICOM. Yo no... digo, también yo...
- SANTOS (Por mucho que te las laves, nunca las tendrás limpias.)
- NICOM. Pues quieren guerra... ¡guerra!
- ISIDORA (Con solemnidad.) Dios amparará mi derecho, y fortalecerá mi voluntad. (Salen por la tienda.)
- ISIDRO (Viéndoles salir.) ¡Ah, gracias á Dios!
- ISIDORA (Impaciente.) Y tú, papaito querido, ya sabes... Vas á casa del abuelo y cierras trato con él.
- ISIDRO (Fatigado.) Sí, hija mía... Voy... (Sale por el portal.)

ESCENA VI

ISIDORA; DON SANTOS

- ISIDORA (Vivamente.) ¿Y la carta?
- SANTOS En su poder está. Se la dí al chiquillo mayor de Morales...
- ISIDORA ¿Vendrá?
- SANTOS No sé... (En actitud de cazador.) Aquí me estoy... en el puesto. Tú eres el reclamo... Veremos si entra.

- ISIDORA Pero no hay que tirar.
- SANTOS Pues cóbrale... mátales tú, es decir, hazle tu marido.
- ISIDORA (Desalentada.) ¡Mi marido!... Ahora más difícil que nunca... ¡El arruinado, yo en vías de prosperidad! Basta decirlo, para ver ensanchado hasta lo infinito el abismo que nos separa. (Creyendo sentir pasos, se acerca á la puerta del portal.) Paréceme sentir...
- SANTOS No, hija. Oyes los latidos de tu corazón, y crees que son sus pasos.
- ISIDORA (Con la mano en el corazón.) Es verdad. Esta noche estoy inspirada, tío. Siento que mi inteligencia, después de aquel desmayo, se despierta y afina más. Y sobre todo, campea mi voluntad, más briosa que nunca.
- SANTOS (Con entusiasmo.) ¡Firme, hija, firme!
- ISIDORA Sí. Dios protege á los tercios. (Creyendo sentir ruido en el portal.) ¡Ah!... ahora sí...

ESCENA VII

ISIDORA, DON SANTOS, ALEJANDRO

- ALEJ. (Entreabre la puerta de la derecha, y se asoma.) Isidorilla, ¿puedo entrar?...
- SANTOS Pase, pase.
- ALEJ. (Entrando.) ¡Ah...! Está aquí don Santos.
- ISIDORA ¿Has recibido...? (Afectando vergüenza.)
- ALEJ. Pero, vida mía, ¿por qué no me lo dijiste esta tarde?
- ISIDORA No me atreví... Me daba vergüenza...
- SANTOS Es muy vergonzosa...
- ALEJ. ¡Tontuela!
- ISIDORA ¿De modo que accedes...?
- ALEJ. Ahora mismo.
- ISIDORA ¿Tienes ahí tu libro de cheques...?
- ALEJ. (Sacándolo.) Sí.
- ISIDORA ¡Ay, qué vergüenza!... ¡No sé cómo tengo cara...!
- ALEJ. Bah... Entre nosotros... (Prepárase á extender el cheque.)

- SANTOS Alto... No puedo consentir... Esto no ha sido más que una estratagema de la niña para traerle á usted aquí, á fin de evitar...
- ALEJ. (Suspense.) ¿Qué?
- SANTOS Conviene que sea ella quien le dé á usted la terrible noticia...
- ALEJ. ¿De qué?...
- SANTOS Señor mío, es muy triste, muy doloroso tener que decirle...
- ALEJ. (Impaciente.) ¿Se burlan de mí?... ¿Pero qué hay, vive Dios!
- SANTOS Hay... que está usted arruinado.
- ALEJ. ¡Arruinado!
- SANTOS Guevara, su amigo de usted, ha tomado las de Villadiego, dejando en la miseria á los que le habían confiado sus intereses.
- ALEJ. ¿Qué dice? ¿Pero es verdad?
- ISIDORA Sí.
- ALEJ. (Aturdido y lleno de zozobra.) Quiero cerciorarme... quiero saber... (Intenta salir. Isidora le corta el paso.)
- ISIDORA (Imperiosamente.) No saldrás.
- ALEJ. La noticia puede ser falsa... Voy.
- ISIDORA No lo es.
- ALEJ. Quiero asegurarme...
- ISIDORA Basta que yo lo diga. Te prohibo salir.
- ALEJ. ¡A mí!...
- ISIDORA Sí... Que no sales te digo. Quiero que estés aquí, en mi casa... al lado mío... (Cariñosamente.)
- SANTOS (Cogiéndole del otro brazo.) Al lado nuestro.
- ALEJ. (Como volviendo en sí.) Dejadme salir.
- ISIDORA ¿Para qué? Ya sabes la triste verdad. Eres pobre. Bruscamente has pasado del bienestar á la miseria.
- ALEJ. (Con exaltación gradual hasta el fin del parlamento.) ¡Oh, miseria, miseria; no me tendrás, no, no! Te rechazo como castigo; te detesto como enseñanza. Pavorosa realidad, me rebelo contra tí. No tratéis de convencerme, no tratéis de conquistarme. Dios

me ha hecho incompatible con la miseria; Dios ha puesto en mí la absoluta incapacidad para luchar con ella. No puedo, no puedo, Isidora. Te admiro; pero jamás seré como tú... Honrada familia, y tú, mujer amada, perdonadme todos el mal que os he hecho y que hoy no puedo remediar, hoy menos que nunca. Dejadme, dejadme en poder de mi destino; dejadme en las realidades de mi carácter; no toquéis á mi orgullo, que no admite mano de nadie; que antes quiere la muerte que la humillación. ¡Miseria, infierno de la vida, no me tendrás! Sólo caen en tí los cobardes. Yo sé cómo se libra un hombre de tus horribles tormentos... Yo me salvo, sí; soy libre, libre como el aire, como la idea. (Cae en una silla fatigado y sin aliento.)

- ISIDORA ¡Por Dios, qué delirio!
- SANTOS Calma, hijo mío. Eso no es propio de un cristiano.
- ALEJ. (Restregándose los ojos, como quien despierta de un sueño.) ¡Pobre, miserable!... ¿Estoy soñando, Isidora?
- ISIDORA No. Quizás es la primera vez en tu vida que estás despierto. Soñabas cuando eras rico. Has abierto los ojos á la realidad. (Alejandro apoya su cabeza en la mesa, mostrando un gran abatimiento.)
- SANTOS (Va de puntillas al lado de Isidora, que contempla con tristeza la actitud lúgubre de Alejandro.) Esta es la ocasión, chiquilla... ¡Fuego en él!
- ISIDORA (Desalentada.) ¡Ay, tío, qué poquita confianza tengo!
- SANTOS Aquí de tus facultades. Yo voy en busca de tus padres. Conviene que se enteren de esto. (Vase presuroso.)

ESCENA VIII

ISIDORA; ALEJANDRO

- ISIDORA ¡Qué bien hice en traerte á mi lado! La fierecilla de tu desesperación me da más miedo lejos que

cerca de mí. Dios ha querido que en este trance puedas oír la voz de tu Isidora, que te dice: «Alejandro, morir es ley; matarse es un crimen.»

ALEJ. La vida es el mal; y sólo por excepción y negándose á sí misma, nos ofrece algún bien... Ya para mí se acabaron esas breves excepciones; y no veo más que el mal inmenso, el dolor continuo, las privaciones, la miseria, la humillación, la vergüenza.

ISIDORA Mira bien, que algo más habrá.

ALEJ. Tú, sí... tú, que eres como estrella distante, que brilla en medio de esta inmensidad tenebrosa... Pero estás muy lejos, Isidora, muy lejos.

ISIDORA Pues si soy tu estrella, mírame bien; mírame mucho, y verás cómo me acerco.

ALEJ. Ya miro... y cuanto más te miro, más te alejas. Tus rayos se pierden en la obscuridad, tiemblan, se debilitan, se apagan... (Pausa.) Déjame partir... Sólo me resta decirte que me perdones el mal que te causé. No supe hacer tu felicidad; no supe... y ahora... tampoco podría. Ahora menos que nunca.

ISIDORA (Con tristeza.) Sí, menos que nunca. Porque ahora quieres morir, y yo... aquí permanezco sola, triste, atravesando, como tú dices, el desierto de la vida, donde todo es sed, fastidio... Voy sola. La sed no se acaba, ni el desierto tampoco.

ALEJ. (Vivamente.) En el mío, en mi desierto, yo veo un fin, el descanso.

ISIDORA No; no lo creas. Si las almas son siempre lo que son, la tuya no hallará la paz ni el reposo que busca tras de la muerte, Alejandro. Por librarte de lo que crees humillación, atentas á tu vida, sin considerar que ésta no te pertenece.

ALEJ. ¿Que no?

ISIDORA No. Porque es de Dios... y mía también. Dios, con lo que me ha hecho padecer por tí, me ha dado parte de tu vida, y esta parte mía no la

suelto, no. Me ha costado tantas lágrimas, que ha venido á ser como mi propia vida.

ALEJ. Hablas á mi corazón, y lo conmueves y lo desgarras. Pero tu voluntad, con ser tan poderosa, no puede subyugar la mía. (Confuso y luchando.)

ISIDORA Porque no me quieres, porque no me has querido nunca.

ALEJ. No digas tal... Eso no.

ISIDORA Y bien claro se ve ahora en esta crisis de tu egoísmo. Tú me perteneces, yo te pertenezco. Debimos vivir unidos, morir juntos. Tú no quisiste, no quieres... Ni en la vida ni en la muerte deseas estar á mi lado, y te obstinas en morirte solo, sin comprender que...

ALEJ. (Empezando á sentir la fascinación.) ¡Oh!... ¡Isidora!...

ISIDORA (Ejerciendo la influencia sugestiva.) Sin comprender que esos ensueños tuyos, ese buscar el reposo en la muerte, es el mayor de tus errores.

ALEJ. ¡Oh... me domina, me vence!

ISIDORA Reconoce que es mucho más bello que tu idealismo, el luchar sano de la vida, la vida, ¡ay! con sus alegrías y sus desmayos, con el temor, la esperanza, la duda, la fe; con el sacrificio, que ennoblece nuestra alma, y el amor, que la inunda de gozo; con la amistad, con la familia, con Dios, que nos ama, nos guía, y mandándonos esperar, nos espera...

ALEJ. ¡Oh! ¡qué delirio...!

ISIDORA No es delirio... Es la verdad, la verdad. Esto que ves en mí, es la razón soberana, con la cual, valiéndome de la fuerza que me ha dado Dios, hago un lazo y te sujeto y te amarro á la vida.

ALEJ. ¡Oh! Me subyugas, me fascinas con esa misteriosa energía que arrojas de tí, por tus ojos, por tu voz, por todo tu ser. No muero, no, no quiero morir, porque no veo un medio de adorarte fuera de esta vida... Por tu amor vivo. Es el único fin que veo en mi desdichada existencia.

ISIDORA ¡Quererme á mi! ¡Pagar mi amor con el tuyo...!
¿Qué fin más grande y noble?
ALEJ. Amarte... Es toda la vida, la de acá, la de allá, y
todas las vidas posibles.
ISIDORA Eres mío. Vives. Te he ganado.

ESCENA IX

DICHOS; DOÑA TRINIDAD, DON ISIDRO, DON
SANTOS, TRINITA, SERAFINITO

TRIN. (Presurosa, por el foro.) Tu padre viene... Ese hombre...
¡ah!... que salga.
ISIDORA No importa que le vea.
ALEJ. Ya no me voy. Quiero hablarle.
ISIDRO (Por el portal.) Señor mío: ya sé lo que aquí pasa.
Cumplido por parte de mi hija, el deber de informar á usted de su infortunio, no puedo consentir que permanezca un momento más en mi casa el hombre que se obstina en negarnos la reparación que nos debe (*).
ISIDORA No se trata de reparación.
ISIDRO ¿Que no?
TRIN. ¿Cómo?
ISIDORA He conseguido el triunfo inmenso de reconciliarle con la vida, y esto me basta.
SANTOS No basta, no. ¿Verdad?
ISIDRO No me doy por satisfecho con ese triunfo.
ALEJ. Ni yo. Quiero más. La vida mía no es lo que más aprecio. Bien sé que no debo aspirar á vida más completa y dichosa. Soy pobre, nada valgo. No merezco ese bien.
ISIDORA Sí lo mereces... (Pausa.) Cbiquillo: abraza á tus padres.
ISIDRO ¡Oh! sí.
TRINITA (Por la izquierda.) ¿Ves? Se casan.
SERAF. Me alegro... Uno más al trabajo.

(*) Doña Trinidad, Alejandro, Isidora, don Isidro, don Santos.

ISIDORA Serás mi sostén, mi defensa, mi apoyo en esta
lucha formidable; y mi victoria, si la consigo,
será también la tuya.
ALEJ. (Con entusiasmo.) Gracias á Dios. Ya pareció un fin
para mi pobre existencia.
TRIN. ¡Bendígaos Dios!
ISIDRO ¡Hijos míos, mi alegría, mi consuelo!...
SANTOS Y creedlo porque os lo digo yo: los hijos de estos
hijos, serán la perfección humana.
ISIDRO Nuevo milagro es este de tu constancia, de tu
espíritu valiente.
ISIDORA ¡Oh! ¡preciosa fuerza del alma! Aquí te tengo,
aquí. Contigo salvé á los míos de la miseria. Con-
tigo he de hacer aún grandes cosas (*).

FIN DE LA COMEDIA

(*) Trinita, Serafinito, doña Trinidad, Isidora, Alejandro, don Isidro, don Santos.

OBRAS DE LA CASA EDITORIAL LA GUIRNALDA

BIBLIOTECA DE BUENAS NOVELAS

- 1.º **El Quinto**, por H. Conscience, y **Los prisioneros del Cáucaso**, del Conde Xavier de Maistre. Un tomo, 1 peseta.
- 2.º **La batalla de la vida**, de C. Dickens, y **El escarabajo de oro**, del escritor norteamericano Edgard Poe. Las dos en un tomo, 1 peseta.
- 3.º **Julia de Treceur**, del célebre escritor Octavio Feuillet, y **El Mayorazgo**, por Hoffmann. Las dos en un tomo, una peseta.
- 4.º **Miss Hollinford**, por C. Dickens, y **La Posada de los tres ahorcados**, por E. Chatrian. Las dos, 1 peseta.

La colección de estos 4 volúmenes se dará en Madrid ó se enviará á provincias, sin certificado, por 3 pesetas.

OBRAS DE EDUCACION

La Biblia de la infancia.—Historia abreviada del antiguo y nuevo Testamento, por M. Noirlieu.—Tres tomos con 61 grabados, 1,50 pesetas en rústica, y 2 en cartón.

Compendio de historia universal.—Tomo I.—Historia antigua, por el Padre Loricet, traducción de don José Tamariz y Guerrero: 1 peseta.

Tomo II. **Historia romana**.—1 peseta. Estos libros, del mismo autor y traductor, están aprobados por la censura eclesiástica, y declarados de texto.

Tomo III. **Historia de la Edad Media**, por M. Lefranc: 1 peseta.

Lecciones de mitología, por Deville y Leclere, discípulos del abate Gaultier, traducidas de la décima edición francesa, por D. José Tamariz y Guerrero; 2 tomos con 332 páginas, y 25 láminas conteniendo 82 grabados.—Dioses de primer orden y subalternos.—Se vende en rústica á 1,50 pesetas, y 2 en cartón.

Elementos de Física, al alcance de todo el mundo, declarado de texto en la Escuela de Institutrices y de la Asociación para la enseñanza de la mujer, por D. Gumersindo Vicuña, catedrático de la Universidad de Madrid.—En 8.º mayor, 364 páginas con 83 grabados, 3,50 pesetas en Madrid, 4 en provincias.

Calor y frío.—Lecciones dadas en Londres á un auditorio compuesto de jóvenes en las vacaciones de Navidad de 1867, por John Tyndall: 1 peseta.

Compendio de Geografía General, por don Justo P. Pavilla (de la sociedad de Geografía de París) con un Prólogo de D. S. Berthelot (antiguo secretario general de la misma). Obra declarada de utilidad

para la enseñanza, por Real orden de 20 de Enero de 1880 (2.ª edición.) Volumen en 4.º, de 451 páginas, al precio de 5 pesetas en Madrid, y 5,50 franco de porte y certificado para provincias.

Cartilla de costura.—Método para la enseñanza de la costura en las escuelas.—Un tomo en 8.º mayor, con diseños de dechados, abecedarios de marcar y muchos grabados, para la mejor inteligencia del texto: 1 peseta.

La Costurera.—Manual de la costura en familia, por D. C. Hernando. Obra premiada en varias exposiciones. Un tomo en 8.º mayor de 268 páginas, con su cubierta á tres tintas, 32 láminas que contienen 125 figuras y una gran hoja con las escalas de proporción en tamaño natural para el corte de los vestidos y para trazar toda clase de patrones.—Precio: 2 pesetas en Madrid, y 2,50 en provincias.

Cartilla de dibujo aplicado á las labores, por D. J. Magistris.—Libro indispensable á las señoras Directoras de colegio, Maestras de primera enseñanza, y á todas las niñas que asisten á los centros de instrucción. Precio de la cartilla, 1 peseta; el pliego del papel gráfico, 5 céntimos: la resma, 12,50 pts.

Monitor de la Bordadora.—Manual de toda clase de labores, ilustrado con 66 láminas en negro y 24 en colores tiradas aparte y 84 grabados en el texto, recopilado de lo mejor que se ha publicado en varias naciones, por M***.—Es útilísimo para las señoras Directoras de Escuelas Normales, Colegios y Maestras de niñas—400 págs. de texto, cubierta al cromó.—6 ptas. en Madrid y 6,50 en provincias.

OBRAS VARIAS

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra.—Edición de bolsillo.—Un tomo en 16.º, de 756 páginas, 5 pesetas.

Bocetos al temple.—**La mujer del César**.—**Los hombres de pró**.—**Oros son triunfos**, por D. José María Pereda.—Las tres novelas, de amenísima lectura, forman un tomo en 8.º mayor, de 454 págs. de buen papel, 3 pesetas en Madrid y provincias.

La hija del cura, novela moral, por D. J. Castellanos. Un tomo de 292 págs. 1 pta.

Obras de Mery, «Agib» y **Un paseo por Florencia**, traducción de G. C.—Las dos en un tomo 0,50 pesetas.

Obras de Doña Faustina Saenz de Melgar.—**El Collar de esmeraldas**, novela original, (4.ª edición). Tomo de 222 páginas, 1 peseta.—**El Trovador del Turia**, **El hogar sin fuego**, **La bendición paterna**.—Las tres componen un tomo en 8.º de 228 págs. 1 pta.

Guerra al Adulterio.—En este folleto se llama la atención sobre la gravedad del adulterio, y se proponen medios de combatirlo y extirparlo: 0,25 de peseta.

Pendennis.—Dos tomos en un volumen en 8.º con 724 págs.; novela del célebre escritor inglés Thackeray: 1 pta.

Obras de Balzac.—**La niña de los ojos de oro**.—**Una pasión en el desierto**.—Sarrasine. Traducción de

G. C. Las tres novelas en un tomo, 1 peseta.

El libro de una madre, por Mad Pauline L***, traducción de G. C. Precio del tomo 1 peseta.

Herida en el corazón, novela de D. J. P. Sansón. Tomo en 8.º de 200 páginas una peseta.

Manual del Forestal, por D. R. Beaumont, Ayudante de Montes. Contiene toda la legislación de Montes y la Cartilla del guardia civil.—Un tomo en 8.º, 1 peseta.

La Carcoma, por Andrés Cubi Mugniño.—Esta bonita novela original, en 8.º, de 228 páginas, da á conocer los móviles de nuestras discordias, 1 peseta.

Pasatiempo, cuentos y leyendas, por D. Gonzalo Cerrajería.—Un tomo de impresión esmerada y buen papel de 210 páginas. Precio, 2 pesetas en toda España.

Estudios populares sobre las revoluciones, por D. S. Orea y D. E. Vera y González, con prólogo de don Francisco Pi y Margall.—Tomo I.—**Revolución francesa de 1789**.—En 8.º, de 228 páginas, 1 peseta en toda España.—Tomo II, 224 páginas, 1 peseta.

El Pupazeto spagnolo, ilustrado con 125 preciosos viñetas, por Gaudolin, versión española esmeradamente impresa, para dar á conocer las impresiones que recibieron los periodistas italianos que visitaron la España en Septiembre y Octubre de 1886, y juicio que formó el autor de los tipos y costumbres de nuestro país. 1 peseta.

Administración: San Mateo, 11 duplicado, bajo.—Madrid.

EN PRENSA

DOÑA PERFECTA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ARRREGLO TEATRAL DE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO

UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1525 MONTERREY, MEXICO